

DE PEÓN A NOVELISTA

Jorge Rivadeneyra A.

“Sin más escuela que sus llanos, ni más disciplina que su voluntad, ni más ejército que su horda, ni más semejante que Bolívar, sacó a Venezuela del dominio español, con tanta furia en la pelea como magnanimidad en la victoria, en una carrera de caballo que duró dieciocho años”, dice José Martí refiriéndose a José Antonio Páez.

La lucha por la independencia de América Latina no tuvo novelistas coetáneos. Las primeras grandes novelas sobre la independencia se han escrito en el siglo XX, y aun así, no son muchas. Acaso las más importantes sean “Las Lanzas Coloradas”, de Arturo Uslar Pietri, “Boves el Urogallo”, de Herrera Luque, y “El General y su Laberinto”, de Gabriel García Márquez.

El bravo pueblo amaba al rey de España; por eso estaba en su gran mayoría en contra de la independencia, como lo cuenta Vallenilla Lanz, en su “Cesarismo Democrático”. Además, los ejércitos necesitan soldados, estos provenían del pueblo, reclutados a la soga por comisiones de independentistas que a los jóvenes del poverío les ponían una soga al cuello y los incorporaban a la fuerza en el ejército de liberación. Por otro lado, el rechazo a la independencia también se daba en el mantuanaje, es decir entre lo que sabían leer y escribir. Entonces, estos problemas dan lugar a la conjetura de que la lucha armada no fue asumida concientemente como guerra de liberación del coloniaje. Y posiblemente esa puede ser una de las causas que determinaron la ausencia de novelas con ese tema. Es decir que la carencia de novelas sobre la guerra de independencia no se debe a la inexistencia de novelistas, tanto más que la literatura americana comenzó casi desde el descubrimiento y el primer desembarco de españoles en el continente. Durante el coloniaje hubo novelistas como Alonso Ramírez, autor de la obra “Infortunio”, escrita en 1691 y Alonso Carrió de la Vandera, 1715-1783, autor de “Lazarillo de Ciegos y Caminantes”. Es decir que “toda vida y obra de aquellos tiempos encierra gérmes de novela”¹.

¹ Luis Alberto Sánchez, “Proceso y Contenido de la novela Hispano Americana”, Gredos, Madrid, 1955, pág. 87.

Además, téngase en cuenta magníficos aunque escasos poemas, como el Canto a Junín, de José Joaquín Olmedo y sobre todo la "Autobiografía", de José Antonio Páez. A esta obra ni antes ni después jamás se le ha considerado como una de las primeras novelas de la insurgencia latinoamericana, entre otras cosas porque hay quienes definen lo que es una novela casi con conceptos notariados. En todo caso, el libro de Páez es un relato escrito por uno de los más famosos protagonistas de la guerra de la independencia; dicho de otro modo, su "Autobiografía", especialmente el primer tomo, constituye una auténtica novela de aventuras. Por otro lado, "¿no son acaso autobiografías todas las novelas que se eternizan y duran, eternizando y haciendo durar a sus autores y a sus antagonistas?"².

En esa autobiografía-novela el protagonista es Páez. El relato comienza cuando él era un adolescente, y se ve obligado a enfrentarse con dos bandidos que le tienden una emboscada para arrebatarle doscientos pesos, que por encargo de su madre los llevaba hacia Cabudare. En ese encuentro de vida o muerte, no es Páez el que cae sin vida. Gracias a una audacia de la que él aún no era consciente, por su capacidad para tomar decisiones repentinas, y también, por qué "no hay que esperar más amparo que el que quiere dar el cielo"³. Sólo así se explica que sus atacantes, a pesar de elegir el lugar de la emboscada, sean derrotados por un joven grandote y temerario.

Ese viaje inicial con misión que cumplir, una confrontación a cuchilladas y el horror de la muerte cuando se tiene apenas 17 años, viene a ser algo así como el pregón de un destino en el sentido de vida que se desarrolla de acuerdo a un texto metafísico escrito de antemano por la época en que nació y vivió. Es, además, el símbolo no sólo de la vida de Páez, sino de toda existencia puesto que vivir es viajar, irse yendo hacia los confines. Paralelamente, toda novela es un viaje, geográfico, psicológico, lingüístico; es un desplazarse de una situación a otra. Quizás en eso radique la fecundidad de una novela, en el viajar hacia lo desconocido, o lo prohibido; desde la desesperanza enrumbar la proa a lo apenas intuido.

Presuponiendo que será perseguido por la justicia, Páez da por terminados sus estudios de las primeras letras con la maestra Gregoria Díaz, y en su condición de fugitivo debe aceptar cualquier posibilidad de sobrevivencia, como por ejemplo la de peón, a pesar de que pertenecía a una familia acomodada, como lo demuestra la misión de transportar doscientos pesos de su madre. También tienen buena posición económica varios miembros de su familia, como su cuña-

² Miguel de Unamuno, "Cómo se hace una Novela", Hispano-Argentina, Buenos Aires, 1928, pg. 55.

³ José Antonio Páez, "Autobografía", Bedout, Medellín, Colombia, pág. 9.

do, el bodeguero Bernardo Fernández, su pariente, el comerciante canario, Domingo Páez, donde prestaba servicios antes de la emboscada que marcó su vida. Páez relata su peonazgo sin amargura. Tal vez lo considere una situación provisional puesto que tiene posibilidades de vivir desahogadamente. Mientras tanto, dada su actividad de peón, debe dormir seguramente dentro de un cobertizo de moriche y cuatro estacas, amoblado con cráneos de caballo y de caimanes “que servían de asiento al llanero cuando tornaba a casa cansado de oprimir el lomo del fogoso potro durante las horas de sol”⁴, preparándose él mismo la única comida del día, a las siete de la noche, soñando con ese imposible privilegio de poseer una hamaca sobre cuyos hilos pudiera más cómodamente restituir al cuerpo su vigor perdido”.

En esas actividades se templó su cuerpo. “A fuerza de golpes se volvió de hierro, y su alma adquirió con las adversidades ese temple que la educación más esmerada difícilmente habría podido darle”⁵. El maestro inmediato era Manuelote, un negro, es decir un esclavo que desempeñaba el cargo de mayordomo por eso de que la mejor cuña es la que proviene del mismo palo. Un día, sañudo y vengativo, le ordenó que se tire al río caudaloso y guíe al ganado. No sé nadar, dijo, y Manuelote sentenció, “yo no le pregunté a usted si sabe nadar; le mando que se tire al río y guíe al ganado”.

¡Ah cará!, un negro dando órdenes a un blanco, algo de veras placentero. Pero si se es apenas un peón, eso de blanco y rubio no cuenta, y el catire se lanzó al río confiando su vida, una vez más, al destino. Años después, Manuelote se incorporó a las filas que comandaba Páez, para entonces general de los insurgentes, e iba-venía diciendo, jactancioso, “a mí me deben el tener a la cabeza un hombre tan fuerte, y la patria una de las mejores lanzas, porque fui yo quien le hizo hombre”⁶.

Los llaneros que ingresaron al ejército de liberación eran campesinos tentados por el enriquecimiento fácil mediante el saqueo y la posibilidad de revolcarse con una que otra dama del mantuanaje. Y se transformaron en aquilatados guerreros precisamente porque fueron torneados por la llanura, por el sol y los raudales, por la doma de potros y el recuento del ganado. Allí aprendieron la sobriedad y la paciencia. “Se alimentan sólo de carnes, sin pan ni sal, ni otro condimento alguno”, cuenta Páez. “No necesitan de calzado y viven siempre a la intemperie; duermen en la sabana o en el bosque lo mismo que si estuvieran

⁴ Ibid, pg. 6.

⁵ Ibid, pg. 8.

⁶ Ibid, pg. 11.

bajo el más cómodo techado; son sobrios, y jamás se afligen ni desesperan, aunque se vean rodeados de dificultades y peligros”⁷.

La formación de los llaneros era similar a la de Páez. Un vivir desafiando a la muerte, ¡vaya vida!, tanteando en la oscuridad, enterrándose en el lodo, escurriéndose a fuerza de astucia, de una sobredosis, no de esperanza sino de la desesperación que hace dar otro paso y otro y otro más cuando se cree que el anterior fue el último posible.

“Nuestros caballos de puro cansancio se echaban ijadeando en el suelo. Vino la noche y para evitar que nos sorprendieran durante la oscuridad, nos metimos dentro de un estero lleno de agua que nos quedaba a la derecha. A no haber ejecutado aquella operación, nos habrían caído encima los mil hombres de a caballo que al mando de Torrellas anduvieron buscándonos toda la noche. ¿Quién había de pensar que estábamos metidos en el agua?”⁸.

Es decir que durmieron, ¿durmieron?, o mejor dicho pasaron la noche con el agua al cuello, entumecidos, acosados por las plagas de los pantanos, corriendo el riesgo de ahogarse si se dejaban vencer por el sueño y la fatiga, cuidándose de la dentellada de los caimanes, conteniendo el aliento para que no les descubran los tenaces perseguidores. Y en otra parte cuenta que “la mayor parte de los soldados no tenían más armas que la lanza y palos de albarico, aguzados a manera de chuzos, por una de sus puntas; muy pocos llevaban armas de fuego. Cubríanse las carnes con guayucos; los sombreros se habían podrido con los rigores de las estaciones lluviosas y ni aun la falta de silla para montar podía suplirse con la frazada o cualquier otro asiento blando. Cuando se mataba alguna res, los soldados se disputaban la posesión del cuero que podía servirles de abrigo contra la lluvia durante la noche en la sabana limpia, donde teníamos que permanecer a fin de no ser cogidos de sorpresa”⁹.

—Tanto sacrificio, vea -dijo la chica bonita, Milagros si bien recuerdo.

—Esa resolución indomable, superior a las calamidades -anotó otro de conversantes.

—“Se acabaron los valientes/Y no han dejado semilla”, murmuró Jorge Luis Borges, con una voz muy baja y sumamente educada.

⁷ Ibid. pg. 89.

⁸ Ibid, pag. 108.

⁹ Ibid.pg. 96.

—Siempre reaparecen cuando la situación pareciera no tener salida -dijo la muchacha de enantes. Pero parece que Borges no le oyó, o su pesimismo tenía muchos rizomas, porque dijo, —¿Qué fue de tanto animoso?/¿Qué fue de tanto bizarro?/A todos les gastó el tiempo/A todos les tapa el barro”¹⁰.

Se supone que una autobiografía es el relato verdadero de los sucesos porque quien los cuenta es actor y testigo. Esa es la suposición, claro, sobre todo cuando no se tiene en cuenta que hay muchas maneras de ver, sobre todo si uno se ve a sí mismo. Como siempre se escribe para alguien, este supuesto raigal no impide que el autor incursione por el espacio desmesurado de la fantasía. A pesar de esta situación sin límites, la lectura de lo real depende del modo de realidad que se elija, de donde resulta que la realidad es objetividad subjetivada. Por ello, la praxis de un pueblo que con el auxilio de las armas intenta conquistar la libertad, va más allá de la biografía y se transforma en múltiples formas del pensamiento y de la fantasía, por ejemplo en novela. En otras palabras, en esta novela autobiográfica se ha producido una inversión de los lineamientos clásicos del relato a causa de que todo proyecto primero es imaginación. De ese modo, la tensión entre el es y el deber ser se da como la convivencia cotidiana de la esperanza con la muerte, exteriorizando la confrontación de dos fuerzas que tratan de imponerse mediante el uso de las armas y del pensamiento, no sólo de los adversarios sino de la adversidad, entendida como aquello que se opone al proyecto libertario, componente fundamental del deber ser, es decir de los sueños.

Pero esos sueños lucen endurecidos; por eso, a lo largo de toda la obra hay una ausencia notoria de ternura por las víctimas de la hecatombe. Tampoco hay compasión por los sufrimientos de quienes viven a salto de mata. Es posible que esta omisión se deba al arraigado prejuicio de que los guerreros de todos los tiempos consideran que la ternura niega la virilidad. Sin embargo, y a pesar de que el autor pretende relatar solamente los hechos, hay momento en que la subjetividad emerge por sus fueros y se apropia del campo, produciendo expresiones poéticas relacionadas con la visión del mundo del llanero, imbricada con el paisaje, los hombres y las bestias, con “el gallo que dormía en la misma habitación con toda su alada familia: servía de reloj y el perro de centinela”.

Se trata de la visión del combatiente emotiva y racional porque debe evaluar, por ejemplo, el terreno donde se dará la batalla, fantaseando al mismo tiempo con el río caudaloso, el toro que se debe matar para la tropa o el potro al que hay que domar antes de incorporarle al combate. “Todos contribuían a dar a aquel combate un carácter de horrible sublimidad: la noche que se acercaba con

¹⁰ Jorge Luis Borges, Obras Completas, Argentina, 1974, pág. 975.

sus tinieblas; el polvo que levantaban los caballos de los combatientes de una y otra parte confundiendo con el humo de la pólvora”¹¹.

Entonces, se cree que la autobiografía es la verdad de primera mano habida cuenta que el autor es el único que conoce toda la historia; sin embargo, le es imposible describir el lado oscuro de la luna y las múltiples interpretaciones de los hechos, con la tendencia a pintar la propia vida con los colores más bonitos. Este es el criterio de verdad de las autobiografías. A eso se debe añadir que el relator es el jefe de los insurgentes y que en este caso su concepción del mundo es pacata con respecto al sexo. Por eso, Páez no habla de las mujeres, de las que combatieron junto a los hombres alzados en armas, para quienes las mujeres son una de sus principales motivaciones. En el relato de Páez sólo aparece fugazmente la maestra Gregoria Díaz. A la señora María Violante Herrera, su madre, le menciona una sola vez, lo mismo que a su esposa y a una muchacha que al parecer hacía el amor con un francés cuando llegaron sus asesinos. ¿Qué ocurría con las mujeres de los españoles derrotados? ¿Y con las jóvenes de pueblos y ciudades sometidas por españoles y patriotas? ¿Y con las mujeres abandonadas por sus esposos, sus concubinos y sus hijos que fueron a la guerra? ¿Qué hacían los esclavos con sus ex amas después de haberse convertido en soldados o en generales omnipotentes?

Es un vacío lamentable, no porque sea imposible hilvanar muchas respuestas, sino porque oculta el papel de las mujeres latinoamericanas como víctimas, como combatientes, colaboradores, simpatizantes o enemigas de la independencia. Además, las múltiples uniones que deben haberse producido entre hombres y mujeres de una época convulsionada podrían aclarar algunos de los elementos de la llamada democracia social del venezolano, el apareamiento del criollo como elemento característico de la nacionalidad latinoamericana. Estas deficiencias conceptuales de la “Autobiografía”, adicionalmente obscurecen la concepción global de la gente que participó en una de las guerras más grandes y más largas de la humanidad.

No basta suponer que los soldados victoriosos violaban a las mujeres de los vencidos y se apropiaban de sus bienes. No basta, porque los soldados de Páez eran llaneros patalsuelo, negros libertos, chusmeros, es decir gente de bien abajo en proceso de descubrir que las diferencias sociales con los españoles y el mantuanaje podían nivelarse, aun cuando sea temporalmente, con las puntas de sus lanzas. Dicho de otro modo, el elemento sustancial de ese viraje de la conciencia. La perspectiva de una nueva concepción de la vida, tanto más que los primeros insurgentes que militaban en las filas de Páez, no lo es por ideales independentistas sino por simpatía con el ex peón y por la perspectiva del sa-

¹¹ Ibid, pg. 182.

queo. "No tenía mucha fe en el patriotismo de aquellos hombres que sólo me acompañaban y habían tomado servicio por simpatía hacia mí"¹².

Debe haber tenido muchas cualidades el catire José Antonio como para haber llegado de peón a presidente de la república. Más todavía, de peón a concertista, profesor de castellano en New York, y novelista. "Cortés y verboso, puntual en sus citas, muy pulcro en el vestir, lleno de generosidad y de anécdotas, amigo de los demás y del baile"¹³. Su "Autobiografía", es decir esa novela en la cual él es uno de los protagonistas, no sólo es uno de los primeros grandes relatos de la guerra de independencia de Venezuela, sino también la historia del nacimiento y desarrollo de un caudillo a quien sus soldados amaban por sus prodigiosas victorias y sus enemigos temían por su audacia temeraria, como si no le importara perder la vida, como si supiera que no podía morir antes de haber cumplido la misión para la cual vino al mundo. Baralt, en su Historia de Venezuela, dice que Páez "era idolatrado por su tropa, caudillo del único ejército que existía, y renombrado por su valor y constante felicidad que le había acompañado en todas sus empresas" Y como si estuviese en una tertulia de altanоче, Páez dice, "organicé en Apure un ejército de caballería. Y Bolívar se admiraba no tanto de que hubiera formado ese ejército, sino de que hubiese logrado conservarlo en buen estado y disciplina, pues en su mayor parte se componían de los mismos individuos que, a las órdenes de Yáñez y Boves, habían sido el azote de los patriotas".

Un comandante de altos quilates, como lo demuestra lo siguiente: cuando Boves fue derrotado y muerto, los españoles trataron de reenganchar a la tropa sobreviviente sin reconocerles sus grados, especialmente si eran negros. Páez, en cambio, no solo les perdonó la vida, sino que les admitió en su ejército honrando sus rangos y su condición de americanos.

Casi al comienzo de sus andanzas de insurgente, como si se tratara de un cowboy del far west cinematográfico, el solo asaltó la cárcel de Barinas y liberó a 115 presos. Y entre risitas cuenta que "hizo traer cuatro caballos salvajes a la orilla del campamento. Siendo las diez de la noche mandé que les ataran cueros secos al rabo y que los soltara en dirección al campamento de los españoles, haciendo al mismo tiempo algunos tiros. Los caballos partieron furiosamente disparados por entre el campamento, y los españoles creyeron que se les venía encima una tremenda carga de caballería. Varios cuerpos rompieron el fuego, cundió el desorden por todas partes, y nuestros caballos hicieron más estrago en su impetuosa carrera que los dos mil bueyes que Aníbal lanzó sobre el campamento romano.

¹² Ibid. pg 29.

¹³ José Martí.

Los presentimientos desempeñan un papel importantísimo en el relato de Páez. Él no les denomina astucia o previsión, sino corazonadas. Gracias a una de ellas, el comandante Marcelino, con cuarenta hombres fracasa en el intento de tenderle una emboscada. “Con siete hombre que me acompañaban”, dice Páez, “me dirigí al hato de la Calzada con el objeto de tomar algunos caballo para remontar mi gente; pero por recelos no quise quedarme a dormir allí, prefiriendo hacerlo en la sabana, a media legua de distancia. Si no hubiese usado esta precaución, aquella misma noche habría sido víctima de Marcelino y sus compañeros, pues a las tres de la mañana cercaron la casa del hato, teniendo por seguro que me encontrarían en ella”.

El proyecto de Miguel Marcelino falla, pero el hombre no desiste y se embosca en Mata de León, una zona por la que Páez debía pasar obligatoriamente. “Sus planes habrían tenido fatal resultado si no hubiese dado fea un presentimiento que me asaltó una milla antes de llegar a Mata de León”. Vale la pena recordar que Páez, con singular honestidad, no se atribuye a sí mismo la gloria de las batallas ganadas. Cuando describe una de ellas, como la de Carabobo, o la de Queseras del Medio, anota los nombres de los combatientes, comenzando por los generales y terminando con los soldados. Y después de haber mencionado a cien o a doscientos, pide disculpas por si se le haya olvidado algún nombre.

Por todo lo anotado, esa “Autobiografía” está inscrita en el género de la novela épica, a pesar de que su contenido es histórico. Por ello, como toda novela histórica, tiene el inconveniente de que ya se conoce el desenlace, no sólo del protagonista, sino del país que ellos constituyeron.